BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

Y al decir esto, el marqués miraba con curiosidad á Raoul.

Nuestros lectores deben recordar que, hablando del jóven con Lazarine tiempos atrás, el marqués habia descrito la figura del señor Gordes con palabras excesivamente halagüeñas.

Y el marqués encontraba á Raoul muy cambiado.

La barba daba distinta expresion á su fisonomía.

Su mirada, siempre alegre, tenia cierto carácter de profunda melancolía.

Su sonrisa era forzada.

Una arruga surcaba su frente, en otro tiempo tersa como el mármol.

El conde de Gordes, que tenia veintiocho años, representaba en los actuales momentos mas edad.

Vestía de negro.

—¿Me reconocísteis ayer?—preguntó al apercibirse de que el marqués le examinaba con extrañeza.

—Si tal, pero vuestra barba me desconcertaba.

—Ignoraba que estuviéseis en Venecia—dijo el conde de Gordes.—Pero despues de nuestro casual encuentro, me he informado fácilmente, porque vuestro título no puede pasar desapercibidamente en ninguna parte. Tenia vivos

deseos de daros un abrazo, y aquí me teneis.

—Bien venido seais—exclamó el marqués de la Tour du Roy, estrechando la mano del jóven.

Luego añadió:

—¿Por quién llevais luto?

—Por mi juventud y por mi amor—respondió tristemente.—He quedado solo en el mundo. Julia ha muerto.

XXXVII

Hubo un momento de silencio.

Raoul de Gordes, con la cabeza inclinada sobre el pecho, se entregaba á un dolor evidentemente sincero y profundo.

—¿Podremos hablar de esa pobre mujer sin renovar vuestra herida?—se atrevió á preguntar el señor de la Tour du Roy.

—No hay inconveniente—murmuró el conde.—Es para mí un consuelo hablar de ella con vos, que la habeis conocido.

—¿Cuando murió?

—Hace seis meses.

—¿En Venecia?

—Nó, en Florencia.

—¿Habia recobrado la razon?

—Sí. La locura pasajera producida por la

catástrofe que presenciásteis, fué desapareciendo poco á poco desde que llegamos á Italia.

—Seríais feliz estando á su lado.

Raoul suspiró tristemente, y luego dijo:

—Nuestra vida era una no interrumpida serie de disgustos.

El señor de la Tour du Roy le miró asombrado.

—¿No la amábais ya? -exclamó.

—Ella y yo nos queriamos con verdadero delirio.

—Entonces.....

—Ignorais que ciertas circunstancias desarrollan en el alma de la mujer sentimientos contrarios é inconcebibles en apariencia, y que son, sin embargo, perfectamente lógicos. Sí, Julia me amaba con frenesí; pero á medida que se aclaraba su inteligencia, la enormidad de su falta iba tomando cuerpo en su conciencia. La desdichada Julia no se perdonaba el amor que me tenia. Los remordimientos se confundian con su amor para hacerle padecer, y si alguna vez los traspórtes de la pasion y de la juventud imponian silencio á la voz de su conciencia, expiaba estos instantes de olvido con tristes y largos dias de lágrimas y desesperacion.

—Hé aquí una prueba—dijo el marqués,—de que la moral nos es una palabra vana. Aquellos amores criminales tuvieron, pues, su castigo.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

—¡Y qué castigo!—murmuró el jóven,—mis enemigos no hubieran podido inventar otro parecido. Yo, sin embargo, esperaba.... confiaba en el tiempo.... En esto supe que habia muerto el baron, Procurando disminuir el efecto de la primera impresion, la dije dulcemente: "Secad vuestras lágrimas, bien mio; la falta que tan tristemente os acongoja no existe ya." Julia, al oir esto, fijó sobre mí sus ojos con marcado asombro.

—"Vuestro corazon está libre y podeis amarme. Enrique de Braines ha muerto."

Raoul calló duramente algunos instantes.

—Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando el rostro de Julia se demudó por completo. "¡Ah!—exclamó con voz entrecortada retorciéndose las manos.—¿Creis que mi falta no existe? Es verdad, porque ha llegado á convertirse en crímen. Despues de la infamia, el asesinato; era esto lo que debia sobrevenir. No ha sido vuestra espada la que ha matado á Enrique de Braines: es mi culpa. Yo soy, pues, su asesino."

Procuré tranquilizar á Julia y no lo conseguí del todo, aun á costa de grandes esfuerzos. Se obstinaba en no escucharme, no cedia ante razon alguna, repitiendo sin cesar en un amago de delirio:

—"Yo soy quien le ha matado."